

PEQUEÑAS RESISTENCIAS / 3
ANTOLOGÍA DEL NUEVO CUENTO
SUDAMERICANO

VOCES / LITERATURA

COLECCIÓN VOCES / LITERATURA

Esta obra ha sido publicada con la ayuda de la Dirección General del Libro, Archivos y Bibliotecas del Ministerio de Educación, Cultura y Deporte.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

Nuestro fondo editorial en www.pespuma.com

Primera edición: noviembre de 2004

ISBN: 84-95642-42-5

Depósito legal: M-49009-2004

© De los textos, sus autores, 2004

© De las selecciones y prólogo, sus autores, 2004

© De esta portada, maqueta y edición, Editorial Páginas de Espuma, S. L., 2004

C/ Madera 3, 1º izq. 28004 Madrid

Fax: 915 224 948. E-mail: ppespuma@arrakis.es

Diseño de portada: **Beatriz Cuevas**

Composición: Equipo editorial

Fotomecánica FCM

Encuadernación Seis, S.A.

Imprenta Omagraf, S.L.

Impreso en España, CEE. Printed in Spain

PEQUEÑAS RESISTENCIAS / 3
ANTOLOGÍA DEL NUEVO CUENTO
SUDAMERICANO

Edición al cuidado de

*J. C. Chirinos, C. Dávalos, M. Gayoso,
A. Neuman, X. Oquendo, P. Padilla Osinaga,
G. Peveroni, M. Valdés y J. G. Vásquez*



ÍNDICE

NOTA PRELIMINAR.....	11
PRÓLOGO	15
ARGENTINA	
Edición de Andrés Neuman	
Eduardo Berti, «Esquirlas de Atamisky».....	41
Marcelo Birmajer, «A cajón cerrado»	47
Esther Cross, «El traductor de Conrad»	59
Anna Kazumi Stahl, «Un error inocente».....	67
Martín Kohan, «El sitio»	71
Guillermo Martínez, «Infierno grande».....	85
Gustavo Nielsen, «Marvin»	93
Patricia Suárez, «Eucaliptos muertos y quemados por el rayo».....	105
BOLIVIA	
Edición de Paz Padilla Osinaga	
Paz Padilla Osinaga, «La livianita»	115
Claudia Peña, «Querido hijo»	123
Giovanna Rivero, «La viuda».....	125

Urrelo Wilmer, «Habitando en el inadvertido mundo de los microfotografías»	120
--	-----

CHILE

Edición de Max Valdés

Roberto Fuentes, «Un verdadero mago»	135
Alberto Fuguet, «Amor sobre ruedas»	143
Andrés Gómez, «La casaca verde del Che»	151
Lina Meruane, «Reina de piques»	163
Flavia Radrigán, «Una risa negra, negra»	167
Max Valdés, «El festín de la náusea»	171

COLOMBIA

Edición de Juan Gabriel Vásquez

Pedro Badrán Padauí, «La magia del Joe Domínguez»	183
Juan Carlos Botero, «Entonces»	195
Jorge Franco, «No sé por qué me casé con vos»	205
Enrique Serrano, «El día de la partida»	211
Antonio Ungar, «La desintegración de mi abuelo»	219
Juan Gabriel Vásquez, «El regreso»	227

ECUADOR

Edición de Xavier Oquendo

Carolina Andrade, «Cambio de casa»	237
Báez Meza, «El secuestro del mar»	241
Lucrecia Maldonado, «Ese maldito gusto por la música»	245
Xavier Oquendo, «Con olor a pizza»	253

PARAGUAY

Edición de Milia Gayos

Nelson Aguilera, «Atrapado»	265
Milia Gayoso, «Huyendo de las aguas»	269
Claudia María González Forteza, «Las hormigas»	271
Mabel Pedrozo, «La puerta par»	273

PERÚ

Edición de Carlos Dávalos

Jorge Eduardo Benavides, «El acoso»	281
Carlos Dávalos, «Despidiendo a Felipe»	291
Sergio Galarza, «Matacabros»	303
Pedro José Llosa Vélez, «Los garfios de Carrero»	309
Santiago Roncagliolo, «Vacaciones en el Hyatt»	315
Ricardo Sumalavia, «Última visita»	327

URUGUAY

Edición de Gabriel Peveroni

Inés Bortagaray, «Miércoles»	339
Amir Hamed, «Mixed Emotions»	341
Helvecia Pérez, «Piel de conejo»	351
Gabriel Peveroni, «El Dr. Ash está un poco loco»	355
Gabriel Sosa, «Anastasio Méndez, el soldado de Aparicio»	359
Henry Trujillo, «El hormiguero»	367

VENEZUELA

Edición de Juan Carlos Chirinos

Alberto Barrera Tyszka, «Escritores famosos»	377
Juan Carlos Chirinos, «Pelópidas»	385
Roberto Echeto, «Los zamuros también tienen mala suerte»	391
María Celina Núñez, «Luna llena»	397
Milagros Socorro, «Cambio de guardia»	399
Slavko Zupcic, «Joanna reina y látex»	403

BIOGRAFÍAS	409
------------------	-----

EL SECUESTRO DEL MAR

BÁEZ MEZA

Cero

En el principio fue el agua. En el final no lo sé. El mar ahora es sólo un nombre al que hay que saberlo. Sigánme. Estoy segura que todo está bien. No va a pasar nada. Confíen en mí. El rumbo es el correcto. Preciso. Nada más exacto como el derrotero escogido. Somos muchas. No somos todas pero somos. Adelante. Sí. Es adelante. No teman. Sólo sigánme. Tengo la cabeza llena de ustedes. Nado. Nadan. Todo. Somos grandes y poderosas. Únicas en nuestra especie. Extinguirnos nunca. Vivir es el juego en el que chapoteamos. Aquí abajo hay una cicatriz de agua. ¿La ven? Indica el cuando de la nascencia de este océano. Mar Madre herida hace mucho ha. ¿Cuántas cicatrices adoran, adornan tu matriz que es el verdadero universo? Mareos. ¿Cómo avanzar si la cabeza es una aguja de marear? Dame la playa. Sí, dámela, Padre Mar mío, no me la niegues. Es lo único por alcanzar. Estamos conectadas entre nosotras. No podemos desotrarnos. Sólo en nuestro sí está el ser. Grandes y dadoras. Nunca una especie en extinción. Somos una especie de matriarcas. Soñantes de nosotras mismas. Sordas a los designios que-remos fabricarnos una tabla de salvaciones. No somos piedras dormidas. Somos enormes moles. Islotes móviles con vida propia y con una muerte de aguas turbias. El despertar está en las palabras que pescamos al azar, al pasar, al zarpar. Guiadas. Resguardadas. Lideradas por esta sombra en la que me he embarcado. Sombra de mí. Sobra todo. En el mar todo zozobra. Es fácil describir las olas desde afuera. Cuando

eres parte de ellas, no. Si toda la vida, todas las vidas, han sido ellas, no puedes. ¿Cómo escribir sobre ti, Madre Mar, si tú en ti misma eres una escritura? Ecos que me llegan, nos llegan, atraviesan a cada una de mis compañeras. Bogavantes. Remadoras mirando de frente al sol. Vagantes. Vagamundas. El mundo que vaga dentro de nosotras. No necesitamos ni mirarnos, ni siquiera podemos, para saber lo que somos. Nuestros ojos no deberían existir. Están inscrustados en nuestro rostro así porque sí: dos enormes canicas de color petróleo. Instrumentos oculares del universo. El oráculo está por escribirse y debe ser algo húmedo. No visible. Más bien tactable. Un oráculo yacente en un templo submarino. ¿Cuál es la ruta hacia ese lugar sagrado? Entre tantas llanuras abisales lo mejor es la oscuridad hecha de lodo pardo y algas que valen su peso en plata. Los movimientos centrífugos de esta agua tan vieja como las eternidades. Hermanas, hacia adentro. Visitemos el Gran Cañón submarino mientras millones de años pasan ante nuestros ojos.

El fin se acerca y nadie le teme. ¿No es verdad, camaradas? Congéneres abusadoras del estío. Alisio el viento que corre por encima de nosotras. El fin no es el final, es sólo dunas. Cuando arribemos el qué hacer tendrá una certeza. Por ahora sólo queda esta nada de nadar. Submarinas. Sumarias del olvido. No vacilen. El final puede ser el inicio de algo. Madre Mar no dejará a sus hijas en un desamparo tan cósmico. Qué cuerpos tan magníficos, exultantes, pacíficos los nuestros. Cuánta grandeza se esconde tras estas estatuas que somos. Nado sincronizado hacia los arenales donde se fabrican las clepsidras. No haremos el ridículo ante las eternidades. Llevo un huevo de tortuga en mi vientre. No tengo idea cómo haya llegado hasta allá. Si el evo es la medida de la eternidad, nosotras somos mesurables, porque en este mar donde todo empieza y acaba para volver a empezar todo es medido, medible, nada que no es, todo que está por medirse.

Uno

La enorme mole oscura descansaba sobre la arena jugando a ser dueña de la mañana. Eran casi las siete y la luz se sentía en la obligación de expandirse por todos los rumbos. De lejos parecía una roca colosal. Acercarse era constatar que lo único pétreo era el color oscuro de la piel del animal, piel tan lustrosa que fulguraba. Los curiosos empezaban a llegar uno a uno al lugar donde todo estaba aún por ocurrir. Eran del pueblo conocido como Arcadia, situado a trescientos doce kilómetros de la gran ciudad. Cuando llegó el tercer mirón el animal todavía res-

piraba, o al menos simulaba hacerlo, o quienes lo espectaban creían que lo hacía. El sol empezó su faena y deslustró gradualmente la piel de la creatura, hasta agrietarla como si fuera una porcelana mal cuidada que el Diablo (Dios no puede ser capaz de tanta belleza) dejó olvidada en la playa.

Quien primero lo vio todo fue una niña que jugaba en la arena a dibujar vientos volteadores de barcos. Con una rama trazaba lo que ella creía era su boca. Había logrado a la perfección la imagen de sus cachetes inflándose de tal manera que se podía ver cómo las ventiscas salían de él. Lo siguiente la niña lo recordará toda su vida como un sueño o una película de esas que proyectan en el altar de la iglesia de Arcadia. El cetáceo se le vino encima como un tractor raudo que deseaba aplastarla y luego dirigirse al pueblo. Había estado jugando tan cerca del agua que se habría ahorrado un susto si hubiera llevado su arte algunos metros más arriba.

La creatura no estaba sola. En cuestión de minutos empezaron a llegar sus compañeras. A la niña no le tocó más que evadirlas como si fueran rocas gigantes que buscaran apisonarla. Era un juego tan distinto de los trazos en la arena.

Este tipo de espectáculo era usual en Arcadia donde solían vararse desde tortugas y lobos marinos hasta delfines y orcas. El animal que protagonizaba el espectáculo pertenecía a esta última clase. El nombre correcto era orca falsa (*orculus falsus* en latín) y medía casi diez metros. Era todo un señor cachalote.

—Esto es signo de que algo malo va a pasar en Arcadia —dijo un aldeano.

—Sí —afirmó otro—. De seguro que sucede lo que hace veinte años cuando llegaron las ballenas un agosto y llenaron todita la playa.

—Fue el año de la gran marejada.

—Arcadia fue sepultada pero resucitó de entre los muertos.

Nadie quiso seguir hablando cuando pasó lo que pasó.

(Inédito)